



SILVIA GRIJALBA

Tú me  
acostumbraste



SILVIA GRIJALBA  
Tú me  
acostumbraste

ESPASA  NARRATIVA

© Silvia Rodríguez Grijalba, 2014  
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria  
© Ediciones Planeta Madrid, S. A. 2014

Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez  
Ilustración de cubierta: Eva Vázquez  
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7923-2014  
ISBN: 978-84-670-4113-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## CAPÍTULO 1

«**N**o, no, no, no, no, no, no». Así empezó nuestra relación. Con un no rotundo que se convertiría en un sí incondicional. Nos habíamos quedado solos en el porche, éramos los únicos fumadores de la fiesta y, sin venir a cuento, o al menos eso pensé yo, Alberto me cogió de la nuca, me acercó a sus labios y fue a besarme. Yo salté hacia atrás como si su lengua fuera una navaja y él puso cara de sorpresa. Mi reacción no fue casual, supongo que algo debió de decir el inconsciente. Un aviso de lo que se me venía encima. Y no me refiero a sus setenta kilos de músculo esculpido por el polo y el gimnasio, ni a su metro ochenta, sino a ese cuento de hadas en el que ambos intercambiaríamos papeles constantemente. La princesa se convertía en esclava, el príncipe en madrastra, el ogro en príncipe y la bruja en princesa.

Llegué a aquel pueblo de Guadalajara con los párpados hinchados. Durante todo el viaje desde Madrid había estado llorando. Las últimas palabras que había pronunciado antes de salir de casa fueron: «Si es que parezco viuda, nunca quieres ir a ningún sitio». En el

ascensor oí a Juan decir algo que no entendí y nada más salir de casa me puse las gafas de sol para disimular el llanto, aunque era casi de noche. En aquella época, las Ray-Ban Jackie Ohh y el colirio eran dos elementos esenciales en mi bolso. Lloraba una media de tres veces al día. Las lágrimas habían empezado a formar parte de mi vida y sus consecuencias también. Por ejemplo, ya no me ponía rímel. Así que llegué a aquella fiesta de cincuenta cumpleaños de mi editor, el típico compromiso que no puedes eludir y que Juan odiaba con toda su alma, con una sonrisa en la boca y un kleenex en el bolsillo.

Alejandro, el anfitrión, tenía la casa en obras, así que su *vecinoelaventurero* le había dejado la suya para celebrar la cena de recibimiento al fin de semana de festejos. Desde hacía tiempo había oído hablar de su *vecinoelaventurero* y al llegar a aquel pueblo me di cuenta de que los nombres no existían, como siempre había pasado en esos lugares. Antes, el farmacéutico era el farmacéutico, el pastor, el pastor, el médico, el médico, el tendero, el tendero y ahora el *vecinoelaventurero* no tenía nombre, como el *vecinoeditor* o mi *vecinoelnotario*. No había más que echar un vistazo para saber que en esa aldea convertida en segunda residencia de la alta burguesía no había ninguna casa que fuera la de *mi vecinoelcajerodemercadona*. La villa estaba perfectamente conservada. Lo rural era tan rural que parecía una imitación, pese a que los blasones fueran los de los primeros dueños de esos palacetes y las piedras exactamente las que habían compuesto el edificio original.

Y el *vecinoelaventurero* me pareció idéntico a lo que acababa de ver. El estereotipo del *gentleman farmer*

vestido para una cena informal. Pantalón negro, camisa remangada dejando entrever unos antebrazos bien forjados, un corte de pelo perfectamente descuidado y una sonrisa de anfitrión, como si te conociera de toda la vida y como si la fiesta fuera realmente suya, no de Alejandro.

—Tú debes de ser Marta, pasa, te estábamos esperando... —dijo, cogiéndome por el hombro y llevándome a un recibidor lleno de velas y de esculturas orientales.

—Ay, perdón, he llegado tardísimo, pero ¿cómo se os ha ocurrido esperarme?, ¡qué horror! Le mandé un mensaje a Alejandro diciendo que empezarais sin mí, que me había perdido.

—No, no te preocupes, ya estamos en los postres, cuando decía que te estábamos esperando quería decir que esperábamos, bueno, esperaba tu llegada con ansiedad... pero cenar ya hemos cenado —dijo el *vecinoelaventurero*, en tono de confianza, con una actitud entre la caballerosidad y el coqueteo descarado.

Sonreí y cuando iba a soltar alguna respuesta ingeniosa que hiciera juego con su comentario, me miró muy serio, con cara de haber cometido un error imperdonable y, cogiéndome la mano derecha con las suyas, me miró a los ojos y dijo: «Pero... pero... perdóname, por favor, lo siento. No me he presentado, soy Alberto, el anfi... no, mejor dicho, el invitado que le deja la casa a Alejandro, que es el anfitrión».

En ese momento llegó Alejandro, bastante borracho, lo cual no puedo decir que me sorprendiera, siempre estaba entre un poco bebido y completamente

embriagado. Lanzó a Alberto una mirada traviesa de hombre a hombre, que a mí no me gustó nada, y se abalanzó, como siempre que me saludaba, sobre mí.

—Marta, mi Martita, por fin has llegado, llevo llamándote toda la tarde, pero estabas sin cobertura, me preocupó tu mensaje, pero bueno, da igual, estás aquí, sana y salva, y ya veo que has conocido a Alberto. Cuidado, no te haces idea de lo peligroso que es, aunque tenga este aspecto de caballero británico. Cuando llega al pueblo, los padres esconden a sus hijas y los maridos mandan a sus mujeres a Guadalajara...

—Vaya, como cuando el conde Drácula llegaba a sus posesiones... —interrumpí irónica, pero en el fondo tenía esa imagen en la cabeza—. El rey perverso ante el que las lugareñas no pueden resistirse.

—Alejandro, no asustes a la señorita, por favor —replicó, soltando una sonora carcajada—. Ya sabes, Marta, cómo es tu amigo. Exagerado, exagerado, pobre de mí... Aquí paso mis días escribiendo cosas de aficionado, sin ningún futuro posible, y esperando a que venga a visitarme algún amigo que se apiade de este hombre de mediana edad que ya empieza a tener sus rarezas... Pero lo de Drácula me ha gustado. Alejandro, tenías razón, Marta me ha enamorado. —Esto último lo dijo cogiéndome por la cintura.

—Claro, claro. Oye, pero no quiero entreteneros más aquí, por favor, vamos dentro, que os estoy acaparando —dije sin dar opción a respuesta, entrando directamente en el salón donde se reunían varios compañeros escritores, aspirantes a alguno de los premios que dependían directamente de la decisión de Alejandro; dos chicas con aire exótico, pintadas en

exceso, que estaba claro que eran aportación de Alberto, un par de periodistas famosos y la familia del homenajeado, que era casi la mía. La fiesta la pasé prácticamente con ellos.

Su mujer, Concha, era una buena amiga, mucho mayor que yo, pero eso daba igual. Siempre, desde que había publicado mi primer libro con Alejandro, nos habíamos llevado bien. Y sus hijos, dos chicos adolescentes tímidos e inteligentes, eran casi mis sobrinos.

Mi papel en la fiesta fue voluntariamente secundario. No tenía ninguna gana de sociabilizar ni deseo alguno de hablar de la última novela de Martin Amis o Vargas Llosa con mis colegas escritores. Me senté con los adolescentes a charlar de nimiedades. Tenía la cabeza puesta en Juan. En esa sensación de soledad que sentía desde hacía meses y que sabía —le conocía demasiado bien como para engañarme— que también le invadía a él. Era una angustia, un vacío que no tenía ni idea de cómo se había instalado entre nosotros. Pero habíamos llegado a un punto muerto literal. Ya ni discutíamos, y eso me preocupaba. Los cadáveres no se rebelan, y tenía la impresión de que estaba pasando las fases del duelo de una separación sin haber roto. Pero no me veía con capacidad para tomar una decisión. La vida con Juan había sido maravillosa. Él era inteligente, guapo, sensible, me cuidaba, me divertía... No había nada que pudiera reprocharle.

Pero desde que habían empezado los ERE en mi empresa, desde que habían decidido que había que recortar las colaboraciones, empezaba a sentir una inseguridad, una necesidad de cambiar de vida, que



había influido en mi día a día con Juan. Él tampoco estaba pasando su mejor momento profesional. Los encargos para hacer casas ya no llovían como antes. O quizá fuera la crisis de los casi cuarenta o que habíamos pasado el ecuador de los siete años. O nada concreto. Pero yo estaba triste, asustada y paralizada y, desde luego, no me sentía en ese instante la reina de la fiesta.

No tenía el ánimo para corresponder a las miradas incendiarias de Alberto, que cuando no bailaba con su amiga siria, lo hacía con la indonesia. A mí aquello me parecía como estar viviendo en el juego de cartas de las familias del mundo. La familia india, la esquimal... el problema es que las dos me parecían iguales. Delgadas, con un cierto estilo si se hubieran maquillado menos, con ropa de marca, Rolex de oro y una elegancia un poco impostada.

Concha y yo observábamos la escena sentadas en el sofá.

—Esto de preparar una fiesta es agotador. Es la última que hago —dijo quitándose los zapatos y poniendo las piernas sobre un puf de piel y repujados dorados.

—¡Siempre dices lo mismo! Y no te quejes, que al menos mañana no tienes que limpiar.

—Sí, menos mal. ¿Por qué te crees que he sugerido que se celebre aquí?

—Ya, algo así me imaginaba... Oye, el Alberto este, ¿de dónde lo habéis sacado?

—Es un amigo de Alejandro, de hace tiempo, lo que pasa es que ha vivido mucho fuera de España. Se conocieron cuando Alejandro publicó el libro aquel

de Richard Attenborough. Alberto había trabajado con él y fue el enlace con Alejandro. Es, bueno, ya le ves, un poco viva la Virgen, pero a mí me divierte y es un tipo inteligente. ¿Y qué quieres que te diga? Para hacer una fiesta es perfecto.

—Creo que Alejandro me había hablado de él, ahora que me dices. Es que no le situaba.

Seguimos charlando un rato y yo cada vez tenía más ganas de salir de allí. La música me aturdía y lo que me apetecía era descansar y dejar de fingir que me estaba divirtiendo.

Cuando estaba a punto de irme, pusieron un tango y Alberto se acercó a mí estirando la mano. Yo me veía como en esos espectáculos de vodevil en el que la *starlet* se sienta en las rodillas de algún espectador y empieza a cantarle *La pulga*, para luego invitarle a bailar con ella. Exactamente la misma sensación. E hice lo mismo que hubiera hecho en una situación así. Sabía que resistirme me iba a poner más en evidencia, aunque lo cierto es que ya estaba mirándonos toda la fiesta. Mi timidez, aquella que pensaba que estaba superada, me jugaba a veces esas malas pasadas. No había bailado un tango en mi vida y odiaba ese tipo de situaciones, pero me rendí, era mejor, y no, por supuesto, por el comentario de Alberto: «No te preocupes si no sabes bailar, el tango es como hacer el amor, es algo instintivo y, al principio, si te saben llevar, luego ya te sueltas». Eso probablemente con la chica de Yakarta funcionaba, pero conmigo, no. La mezcla aventurero de profesión, guapo y comentario sexual a muchas las

volvía locas, pero a mí me bloqueaba. Minutos después me di cuenta de que en el fondo me creía más distinta de lo que era. Tanta intelectualidad, tanto leer a Proust... para nada.

Me levanté, Alberto me agarró por la cintura con la mano abierta, acercándose hacia él y me susurró: «Déjate llevar, yo te guío, en esto la mujer tiene que dejar hacer al hombre». «A la porra el feminismo», pensé, fundamentalmente porque sabía cómo funcionaba el tango y ahí el sufragismo no había llegado, cosa que tampoco me parecía mal; la igualdad, para las cosas importantes, y bailar era otra cuestión. Así que después de un par de minutos de resistencia, de no dejarme arrastrar, me abandoné a mi suerte y sí, efectivamente, el mito de la sensualidad de esa danza era cierto, palpable, absolutamente físico. Reconozco que me dio rabia, mucha rabia; no me gustaba que Alberto hubiera ganado, pero un escalofrío me subió por la espalda y cuando sonó el segundo tango (teniendo en cuenta que por lo premonitorio de la letra sería difícil olvidar cuál era: *Cambalache*), en vez de sentarme y escapar, allí seguí incapaz de separarme y esperando que Alberto conociera las antiguas reglas de ese baile. Esas que dicen que lo cortés es danzar tres tangos con la misma pareja. Cumplió la norma.

A partir de ese momento, todo cambió. Había algo, una energía, una atracción irresistible, como eso que prometen los anuncios de colonia de hombre, que me hacía estar pendiente de sus movimientos y sentir un cosquilleo cada vez que se acercaba a servirme un nuevo *gin- tonic* de, por supuesto, Bulldog y Fever-Tree, con un toque de pimienta y jengibre.

Los niños y los mayores fueron abandonando la fiesta y yo, que tres horas atrás, un minuto antes del tango, había planeado irme, allí estaba, con Miss Siria y Miss Indonesia, que andaban inmersas en una competencia casi deportiva. El juego de a ver quién resistía más. Si alguna se iba a dormir, estaba perdida, y yo, tenía que reconocerlo, hubo un momento en el que participé en ese reto. Resistir o morir. Hasta que me tomé un café, comí un poco y recapacité. Aquello era absurdo, aunque estuviera hasta la hora que fuera no iba a acostarme ni nada parecido con él... Las cosas iban mal con Juan, pero yo no era de perder la cabeza, me repetía para mis adentros.

Seguro que si hubiera trazado una estrategia me habría salido peor; no hay nada como que te digas que no te interesa demasiado alguien y comportarte como si así fuera, porque te lo crees, para conseguir que caiga rendido a tus pies. Pero realmente tenía ganas de irme. Sabía que si anunciaba mi marcha, aquello iba a ser una despedida interminable de «no te vayas», «pero por qué», así que me escapé a la francesa. Mejor dicho, me intenté ir.

Me quedaba a dormir en la casa de invitados de Alejandro. Allí se alojaban también otra escritora y un escritor joven y ambicioso que durante toda la velada había estado tirándole los tejos a la novelista ganadora de varios premios importantes, *exbestseller*, pero aún influyente en el mundo del libro. Él debía rondar los treinta años y ella los sesenta, aunque aparentaba unos cuarenta y ocho bien llevados. Durante la cena había quedado claro que estaba convencida de que el *jovenescritorambicioso* la estaba intentando conquis-

tar. Sus escarceos me daban bastante igual, no estaba como para cotilleos, aunque me hacía gracia ese juego que se llevaban. Lo que me hizo mucha menos fue llegar a la casa y ver que, en vez de haber dejado el portón abierto, lo habían cerrado con llave. Llamé y llamé, pero nada. Pensé un poco. En la fiesta no estaban. Aquel pueblo no tenía hotel ni similar. Alejandro y Concha estaban aún en casa de Alberto... era evidente, la parejita se había metido en su nido de amor improvisado y habían pasado de mí. Y sí, no tenían disculpa, porque al llegar, Alejandro había dicho muy claramente a la *ganadoradelpremioinvierno-exbestseller* que dejara la puerta del palacete abierta porque allí íbamos a dormir Luis (*eljuvenescritorambicioso*) y yo. Es decir, que había cerrado a conciencia. Qué tontería. Cerrar era delatarse. Y a ella, la mujer de uno de los actores más famosos del país, no le convenía que su marido supiera abiertamente que ella hacía exactamente lo mismo que él cuando estaba en algún rodaje.

Así que tuve que volver a la fiesta. Tampoco era para tanto, pero había algo dentro de mí que me hacía sentir el peligro. No quería regresar, tenía la impresión de que algo podía pasar. Objetivamente era ridículo, nadie me iba a obligar a hacer algo que no quisiera, pero el problema era que, sin poder explicar por qué, en ese momento confiaba muy poco en mí misma. Cuando volví a casa de Alberto, él me abrazó exageradamente, unos segundos más de lo normal, con una fuerza increíble, como si fuera su mejor amigo y volviera de haberme jugado la vida en alguna batalla lejana.

—¿Pero dónde estabas? Estaba preocupadísimo, pensaba que habías huido —dijo sin soltarme, con un dramatismo bastante cómico.

—No, estabas bailando y no quise interrumpirte, pero es que estaba muy cansada —respondí riendo y buscando con la mirada a Alejandro, que me miraba divertido, algo que a mí no me hacía ni pizca de gracia.

Me zafé cortésmente del abrazo de Alberto y le hice un gesto de súplica a mi editor para que viniera. Después de explicarle lo que había pasado y de que me respondiera que no tenía más llaves de la casa, miró a Alberto, riendo ya abiertamente.

—Es una pena que no tenga sitio en mi casa, pero tú sí tienes aquí, ¿no? ¿O están todas las habitaciones ocupadas?

—No, no, sobra una, y si no, tampoco sería problema. Claro, será un honor que Marta se quede a dormir aquí —explicó, volviendo a tocarme el hombro.

Miré a Alejandro con cara de horror, pero intenté aparentar normalidad. Tampoco era para tanto...

—A no ser que Marta no quiera... Oye, lo de Drácula era una broma, prometo no entrar en tu cuarto para morderte el cuello... Bueno, no, no puedo prometerlo, pero te aseguro que intentaré no hacerlo —dijo Alberto, de una manera tan descaradamente seductora que me pareció divertida.

—Estoy segura de que podrás controlarte —respondí yo también coqueta—. Si no os importa, voy a acostarme ya, estoy muy cansada.

Después de unos quince minutos de ruegos para que no abandonara la fiesta, conseguí retirarme. Esta-

ba agotada. Había sido una semana intensa, de tensiones en el trabajo y tristeza en casa. Y tampoco me apetecía seguir abajo, manteniendo esa batalla cuerpo a cuerpo con Alberto, esquivando sus insinuaciones y las miradas de odio de sus amigas exóticas. Era demasiada lucha para una jugada que no tenía ninguna gana de vencer, ni siquiera quería participar en ella.

Aquella noche tardé mucho en dormirme. Al final caí rendida, pero podría decirse que decepcionada de que Alberto no hubiera entrado en mi habitación con alguna disculpa. Hay que ver, pensé, el mal que han hecho las películas románticas... deberían matar a Doris Day... y a Julia Roberts y a todas las heroínas románticas. Al despertarme, con el ruido de la casa en marcha, un dolor de cabeza considerable y una mala cara que me obligó a tardar casi una hora en recomponerme por dentro y por fuera, pensé en lo puñetera que es la mente humana, o al menos la mía. ¿A qué venía ese sentimiento de decepción? ¿No se suponía que no quería que Alberto entrara en mi cuarto? No está mal, reflexioné, que a mis cuarenta recién cumplidos siga sorprendiéndome a mí misma. Lo que no sabía entonces era que la caja de Pandora solo se había abierto por una esquina.

La fiesta de Alejandro era una especie de romería, todo un día de barbacoa, bebida, recitales más o menos espontáneos de poesía, orquesta, baile... En el pueblo, el cumpleaños de *don Alejandro editor* se había convertido casi en la fiesta mayor. Por la mañana, y sin ejercer el papel de anfitrión, Alberto me pareció

especialmente interesante. En la fiesta había actuado como tal y ese lado suyo me bloqueaba. Pero de día era distinto. Debo decir que también ayudó saber que ninguna de las «misses» orientales había dormido con él. Durante mi insomnio de la noche anterior había estado intentando descubrir algún ruido que me indicara a cuál había elegido para acompañarle en la habitación principal. Pero no, por el mal humor de las dos al día siguiente y por cómo se lanzaron a los brazos de los dos invitados más atractivos de la fiesta, era evidente que Alberto no había compartido su cama. Eso me desconcertó. Me hizo reflexionar y tener claro que en ese hombre no era todo tan obvio como parecía.

Podría seguir explicando las razones que me llevaron horas después, la siguiente madrugada, a acabar pronunciando el ya mencionado «No, no, no, no, no», que fue un sí absoluto. Pero ¿para qué? Hay actos en la vida que no tienen explicación y aún menos justificación.